

Ateneo Mercantil de Valencia

Tertulia sobre "la crisis actual de valores como causa o consecuencia de la crisis económica"

30 de mayo y 12 de septiembre de 2013

Invitado: Antonio Lastra (Filósofo, miembro del Instituto Franklin de Investigación en Estudios Norteamericanos, Universidad de Alcalá)

Nos gustaría empezar por preguntarnos si hemos pensado lo suficiente en las palabras que utilizamos. "Crisis", por ejemplo. En griego significa muchas cosas: capacidad para distinguir, opción, decisión, suspensión de la opinión, proceso judicial; también disputa. Estar en crisis no significa necesariamente que las cosas vayan mal, sino que no hemos pensado en ellas lo suficiente. "Valor" no es, por su parte, un término tan antiguo y confieso que no me resulta cómodo utilizarlo. "Crisis de valores" significaría, en parte, que ya no estamos seguros de apreciar aquello que apreciábamos: no lo distinguimos, no podemos decidirnos, nuestra opinión está en suspenso y empieza un proceso y empieza una disputa cuyo final es incierto. Hay, además, una crisis inherente a la crisis de los valores: dilucidar si los valores son objetivos o subjetivos, si apreciamos algo porque es valioso o juzgamos que es valioso porque lo apreciamos. "Economía" significa literalmente "la norma de la casa", la norma por la cual se rige o regimos -en impersonal o personalizando la expresión- el modo de vivir juntos. Economía es un término normativo, no descriptivo: así es como hemos de hacer las cosas, pero no así es como hacemos las cosas.

Con la perspectiva de la ciudad, la norma y los valores han de darse siempre por supuestos: la *anomia* significaría la destrucción de la ciudad. Que la norma y los valores se den por supuestos significa que exigen de los ciudadanos la obediencia, al menos en primera instancia. Aun suponiendo el derecho a participar en la elaboración de las normas o en la "creación de valores" -y esta forma de hablar es eufemística-, los seres humanos pasan por un largo período de minoría de edad en el que la obediencia es incuestionable. Sin obediencia no hay educación. "Lo esencial, *en el cielo y en la tierra*, al parecer, es, digámoslo otra vez, que se *obedezca* durante mucho tiempo y en una sola dirección" (Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, & 188). Obedecer significa escuchar, es decir, no ser los primeros en tomar la palabra.

Con la perspectiva de la filosofía, sin embargo, ni la norma ni los valores pueden darse por supuestos. La filosofía supone la desobediencia civil porque supone la

obediencia a algo superior a las normas y los valores de la ciudad. La filosofía no es enemiga de la ciudad porque sin ciudades no hay filósofos o porque la filosofía es, en lo esencial, una investigación política: el filósofo quiere saber cuál es la forma más apropiada de vivir y vivir es convivir. La sabiduría que el filósofo busca es una sabiduría humana, común. No dar por supuestos ni la norma ni los valores no significa que no existan para el filósofo. Al criticar -la crítica es una consecuencia de la crisis- la norma y los valores de la ciudad, el filósofo los trasciende. La trascendencia de la filosofía ennoblece la ciudad.

En la medida en que su investigación tiene que ver con las cosas más importantes y lo más importante de todas las cosas y en la medida, también, en que en la ciudad no todos son filósofos, el filósofo ha de ser tan intransigente como escrupuloso. En el *Critón*, el diálogo platónico donde Sócrates defiende la obediencia a las leyes de la ciudad que le ha condenado a muerte, la palabra misma “filosofía” está ausente (54 e: “Así pues, Critón, obremos en este sentido, puesto que en ese sentido el dios nos lleva”).

---